

# Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID. 28 DE MARZO DE 1909

NÚMERO 65



## EL REY IMPRUDENTE

(CONCLUSIÓN)

Acercóse á la encantadora doncella, y, después de cambiar un cortés saludo y elogiar calurosamente los primores de su bordado, enterándose, no muy gustoso, de que éste dedicábase á un caballero de lejanas tierras, su prometido, determinó, sin andarse por las ramas, llevado de su carácter impetuoso, apoderarse de la desconocida.

Ayuntamiento de Madrid

Aireviéronse algunos de los magnates que rodeaban al rey á protestar respetuosamente de aquél atropello, pero el joven monarca desoyó sus protestas, y la gentil bordadora fué conducida á palacio.

Al verla y enterarse de lo ocurrido, el gran chambelán llevóse con desesperación las manos á su espléndida peluca, y exclamó angustiado:

—Señor, ¿qué habéis hecho...? Traéis prisionera á la princesa Yolanda, la prometida del rey de Veluska, enemigo irreconciliable y fiero vuestro y de la nación... Señor, atended mi súplica, devolved á esa niña la libertad cuanto antes y ofrecedle vuestras excusas por el malaventurado paso que habéis dado.

—Ignoraba—replicó el rey con enojo—que se tratara de la prometida del rey, mi enemigo, pero esto precisamente fuerza mi voluntad para retenerla en mi poder.

—La prudencia, señor, os aconseja que no realicéis vuestro deseo—insistió temblando el chambelán.

—Esa mujer encantadora es la única que ha despertado en mí el amor.

—Tal vez no sea amor, sino capricho pasajero el que experimentáis, señor—se aventuró á decir el magnate.

—¡Capricho ó amor, haré mi voluntad!—afirmó el rey.

—Ved, señor, que precipitáis á la nación en una guerra cuyos resultados han de ser desastrosos. El rey de Veluska se aliará con su presunto suegro el emperador Amarante, conquistará nuestro país, reduciéndole á una esclavitud ominosa.

—¡El rey sabe lo que se hace, y no escucha razones de viejos miedosos como tú!—replicó el rey Deseado, volviendo las espaldas á su primer ministro, el cual, mirándose los chapines, gimió:

—El hombre imprudente no sólo arriesga su felicidad, sino la de todos cuantos le rodean... En el mundo no siempre puede hacerse lo que uno quiere, sino lo que la razón aconseja... Y esta regla universal deben practicarla, aún más estrechamente, los príncipes, porque un capricho suyo puede ocasionar la ruina de los pueblos...

---

Prisionera la princesa Yolanda del rey Deseado, trató éste de hacerla su esposa.

Ni ruegos ni razonamientos de sus consejeros, ni súplicas ni amenazas de la nación, ni lágrimas de la infeliz princesa, hicieronle desistir de sus propósitos.

Y como temía el gran chambelán, y con él todos los súbditos, el tozudo monarca, más atento á satisfacer por vanidad estúpida su capricho, que á cumplir sus deberes como rey y como caballero, obligó á la princesa Yolanda á aceptarle por esposo.

Y el mismo día en que se celebraban las malaventuradas bodas reales, el rey de Veluska y el emperador Amarante, al frente de un numeroso y aguerrido ejército, penetraron en la capital del reino, dis-

puestos á vengar terriblemente la ignominiosa ofensa que les infería su odiado enemigo.

Cuando mayor y más ensordecedora era la algazara con que los invitados al nupcial banquete trataban de acallar su temor y desasosiego, oyéronse toques de cornetas y una atruendosa descarga de fusilería, que produjo en todos los circunstantes un terror pánico.

Al grito de «¡Sálvese el que pueda!» levantáronse los convidados precipitadamente.

Huir, ya no era posible; el palacio había sido asaltado por el enemigo, que invadió la estancia en donde se celebraba el banquete, apoderándose de todos los que había allí reunidos. El rey Deseado fué muerto de una puñalada.

---

El reino, el desventurado reino, tuvo que aceptar una paz vergonzosa, después de sostener una guerra que costó ríos de sangre y de oro.

Un nuevo rey se sentó en el trono, y los súbditos, más cautos que con su desdichado antecesor, le eligieron porque tenían la certeza de que las Hadas le habían hecho el regalo más preciado: el de la Prudencia.

D. LARRU.





## MARGARITA LA MIMADA

(CONTINUACIÓN)

ROSAL. Llame á Pascual.

JULIA. (*Aparte.*) Ese viejo nos va á dejar mal. Señora, si Pascual...

ROSAL. Anda. ¡Corriendo! Es necesario que vayas, Pascual, á buscar al médico.

### ESCENA XII

ROSALÍA, MARGARITA y después PASCUAL

(*Rosalía coloca á la niña en un sillón y va á descalzarla el pie en que se ha herido.*)

MARG. Yo no quiero que me quites la media.

ROSAL. Pero, ángel mio, si es para mirar la herida. (*Margarita continúa resistiéndose, y Rosalía insiste en descalzarla, cuando aparece Pascual, que las mira sonriendo.*)

PASC. Señora, Julia me ha dicho que vaya á buscar al médico.

ROSAL. Sí, Pascual. Vaya ahora mismo.

PASC. ¿Está mala la señora?

ROSAL. No, Pascual. Es que han herido á mi niña. Vaya á escape.

PASC. ¿Pero la señora ha visto

la herida? Que me dispense la señora, pero...

ROSAL. ¡Vivó! No perdamos tiempo.

PASC. Pero...

ROSAL. ¡Ay, qué pesadez. Dios mío!

PASC. Voy, señora, voy corriendo; pero sepa que yo he sido el que desclavó la aguja del zapato, y no he creído que fuera cosa de médico ni de nada. Un pinchacillo muy chiquirritín, señora.

MARG. ¡Como á ti no te ha dolido!

ROSAL. Tienes razón, vida mía.

MARG. (*Muy pálida y con voz angustiada.*)

¡Ay, mamá!

ROSAL. ¿Qué?

MARG. Tengo frío... y las cosas me dan vueltas.

ROSAL. (*La coge en sus brazos.*) ¿Qué te sucede, cariño? ¿Ve usted como está muy mala? (*A Pascual.*)

¡Pronto, un médico! ¡Ay, Dios mío!

PASC. No se asuste la señora.

ROSAL. ¿Va usted ó no?

PASC. Sí, ahora mismo; pero lo del pie no es nada... ¡Voy á escape! Lo que ha sido...  
ROSAL. Basta ya de observaciones, y váyase usted...  
PASC. *(Aparte.)* Más fijo que el sol. Esto es la merienda, que la sentó como un tiro. *(Sale.)*

### ESCENA XIII

ROSALÍA, MARGARITA; después JULIA, BLANCA, CLEMENCIA, LUIS y PABLO

ROSAL. *(Llamando.)*

¡Julia! ¡Clemencia!

JULIA. *(Que llega corriendo.)* Señora.

ROSAL. Cójala y llévela en brazos á su camita.

BLAN. ¿Qué ocurre?

CLEM. ¿Qué sucede?

LUIS. ¿Qué ha pasado?

PABLO. ¿Qué ha sido?

ROSAL. Que está malísima.

*(Julia se lleva á Margarita; dirigiéndose á Blanca y Clemencia.)*

¡Ahí tenéis el resultado de vuestra horrible conducta con Margarita!

LUIS. *(Aparte.)* ¡Canastos!

ROSAL. Ahí tenéis á vuestra víctima.

¡Me la habéis asesinado!!

*(Llorando.)*

CLEM. Hermana, el dolor te turba el juicio. ¿Qué asesinato es ese?

ROSAL. Cállate, hipócrita.

BLAN. ¡Hermana, por Dios!

ROSAL. Callaos.

Debiera daros vergüenza.

LUIS. Pero prima...

ROSAL. ¡Ay, Luis! ¡Ay, Pablo!

Vosotros, como sois buenos, no os imagináis el trato que le están dando estas pícaras á mi Margarita.

PABLO. Vamos,

Rosalía, no te alteres.

Mira que es exagerado lo que dices.

ROSAL. No exagero.

Sé muy bien lo que me hablo.

Pero todo tiene un límite, ¿sabéis? *(A Blanca y Clemencia.)*  
y se me ha acabado la paciencia, y mi marido dispondrá lo que hace al caso. *(Sale enfadadísima.)*

### ESCENA XIV

BLANCA CLEMENCIA, LUIS y PABLO

LUIS. Pues señor, si no lo hubiera presenciado, francamente, no lo creería...

PABLO. Lo mismo me pasa á mí... No se puede imaginar que el cariño hasta ese punto la ciegue.

BLAN. ¡Es su madre! *(Muy triste.)*

LUIS. ¡Caracoles!

Hay muchas madres que quieren á sus hijos en el mundo; pero no por eso pierden el juicio como esta loca de Rosalía.

CLEM. ¿Y qué tiene Margarita? ¿Está tan grave como dicen?

PABLO. ¡Serán dengues y mimos de la chiquilla!

BLAN. ¡Mira que si se nos muere!

LUIS. ¿También tú?

CLEM. ¡Yo estoy temblando!

PABLO. ¿Lloráis?  
*(Blanca y Clemencia se llevan los pañuelos á los ojos.)*

LUIS. Ya ves, Pablo. ¡Ahí tienes las malas y las perversas!

Están padeciendo siempre por esa muñeca, y lejos de guardarla rencor, sienten su mal. Corazones de oro, que sólo dichas merecen, y que están pasando el sino aquí, por su mala suerte. ¿Por qué no escribís á Pedro todo lo que aquí os sucede?

CLEM. ¡Quejarnos de nuestra hermana!

LUIS. A un hermano, que es el jefe de la familia, pues Pedro es el mayor, y á la muerte de vuestra madre debisteis irnos con él...



RELATOS DE CAZA

## ¡SE AGUO LA FIESTA...!

Después de varios días de incesante cazar, en los que se cobraron numerosas víctimas, como se impusiera algún descanso, el jefe de la caravana no dudó en concederlo, y á este fin ordenó á sus fieles compañeros que dispusieran todo lo necesario para ir de jira á una pintoresca islilla que en el centro de un cercano río se mostraba coronada de verde maleza y de cimbreantes palmeras. Hechos, pues, los preparativos y bien abastecidos de provisiones, embarcáronse los alegres negros en dos grandes canoas, y diéronse á remar en dirección al islote. Hacía un día hermoso, como rostro de quince Abriles. El cielo era todo luz y pureza de color; el sol refulgía con todo su esplendor, y el viento, cargado de suavísimos perfumes, soplaba con tan mansa languidez que parecía acariciar.

Al son de las aguas, que brillaban al sol, el jefe hablaba así á sus compañeros:

—Pronto vendrán por el mar los hombres blancos, y á fe que nos cogen bien provistos de chucherías. Nuestras chozas están repletas de pieles de fieras, de colmillos de elefantes y de plumas de avestruz. ¿Y no pensáis con gozo que todas estas fruslerías han de convertirse en ricos sartales de cuentas y en frascos de aquella bendita bebida que nos hace dormir y soñar...?

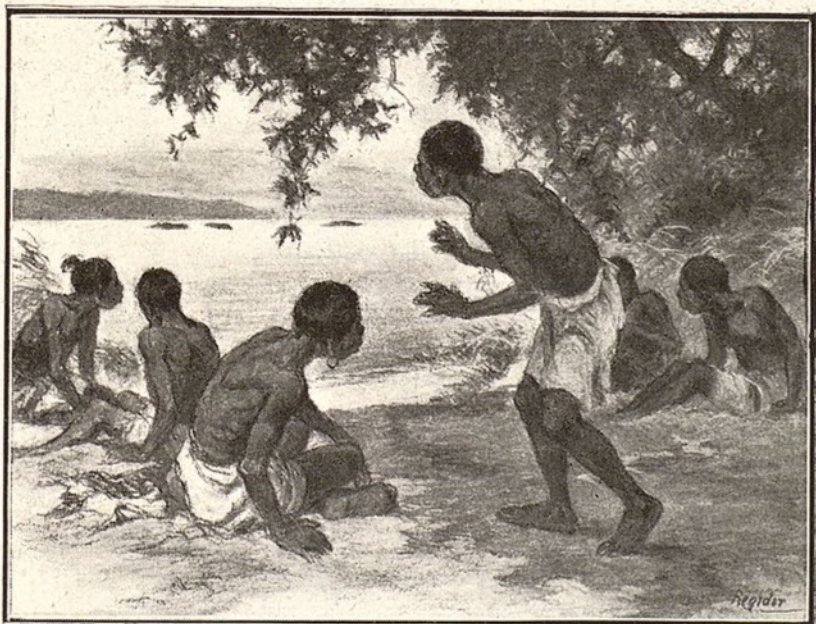
—Por lo mismo—dijo otro,—mañana reanudaremos nuestras cace-

rias, y no las interrumpiremos hasta que vengan. ¡Así tendremos más baratijas que ofrecerles...!

—Bueno—añadió un tercero;—pero, puesto que ahora vamos á divertirnos, dejemos á un lado esos asuntos. Mirad cómo nos acercamos á la isla. Sus palmeras se yerguen como los penachos de los guerreros, y de sus peñascos se alza una bandada de sonrosados flamencos... Pero ¿qué bultos son aquellos que bullen entre los arbustos de la margen del río...?

—¡Hipopótamos son, que vienen á atacarnos!—dijo el jefe poniéndose la mano derecha encima de los ojos á guisa de pantalla.

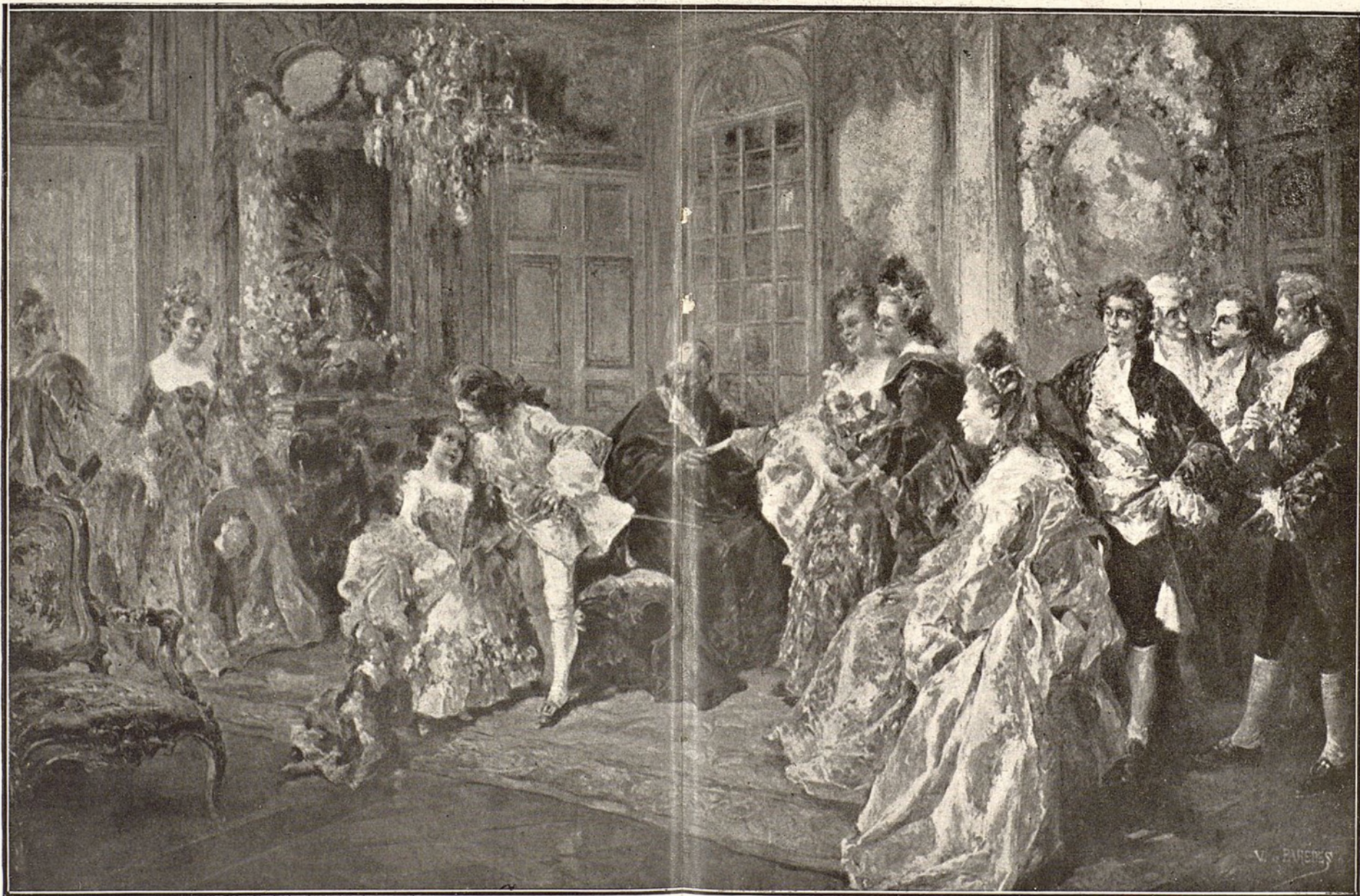
Efectivamente, los disformes paquidermos, zambulléndose en el río, se dirigían á las canoas. Los negros, llenos de espanto al verse sin



almas, empezaron á remar con todas sus fuerzas para alcanzar la opuesta orilla; pero los hipopótamos, haciendo hervir el agua con sus pesadas y cenicientas moles, les fueron á los alcances. Viéndose ya perdidos, abandonaron las canoas, y cuando, nadando como delfines, llegaron á la orilla sanos y salvos, vieron que los cuadrúpedos alcanzaban las canoas en el centro del río, y, metiéndose debajo de ellas, las alzaban sobre sus lomos y las hacían danzar como virutas. ¡Adiós provisiones y merienda y holgorio...! Uno de los negros, no pudiendo ocultar la pena de su estómago al verse privado del succulento yantar, exclamó:

—¡Se aguó, se aguó la fiesta...!

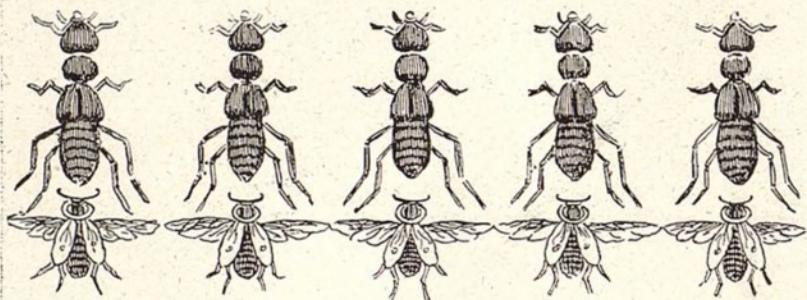
osé A. LUENGO.



LA PRIMER NOVIA DEL REY. CUADRO DE V. DE PAREDES

Las razones de Estado son siempre modelo de previsión. Así se explica que cuando Luis XV de Francia tenía once años, ya se pensara en su matrimonio.

La infanta María Ana Victoria, hija de Felipe V, rey de España, fué su prometida. Contaba entonces tres años. Los regios, cuanto incipientes novios, se vieron en Versalles.



## LOS ESTAFILINOS Y LOS SILFOS

Entre los ejemplos curiosos de animales que demuestran, no sólo su utilidad, sino la armonía perfectísima que reina entre las funciones destinadas á cada uno de los individuos que forman la compleja sociedad de insectos, se encuentran los *estafilinos* y los *silfos*, que como los *necróforos*, de que hemos tratado anteriormente, cumplen la labor que la Naturaleza les ha impuesto.

Los *estafilinos* son insectos largos, negros y con élitros muy cortos. Abundan mucho en las arboledas y, sobre todo, en el césped y sitios húmedos de praderas y jardines. Si se ve perseguido este animalito, levanta su abdomen como lo haría un escorpión con su cola, y sólidamente apoyado sobre sus patas, las mandíbulas abiertas, espera el ataque de su enemigo. Pasan la vida devorando cadáveres, aunque también atacan á las presas vivas, siendo el terror de los insectos que viven en los estercoleros y bajo las hojas y cortezas de los árboles. La larva, muy carnífera, está todo el día en su agujero, acechando á sus víctimas, y llegada la noche, sale de su escondite, recorre el campo, mata cuanto encuentra á su paso y ataca á los mismos individuos de su especie, que devora con gran satisfacción. Y eso que aún no es sino una larva, pero que anuncia ser un verdadero Atila, en su clase, cuando llegue á insecto perfecto.

Los *silfos* no entierran los cadáveres como los *necróforos*, pero los reducen á esqueleto sin olor. Los animales grandes no podrían ser inhumados por aquéllos; el *silfo* hace el oficio de descuartizador; ni un músculo ni un tendón se libra de su *escalpelo*, y si la descomposición no marcha bastante de prisa, pronto encuentra el modo de acelerarla por medio de un procedimiento químico. Hace salir de su boca un líquido fétido, de un color obscuro, que disuelve los tejidos más duros y más coriáceos.

Puesto que estos animales son tan útiles al hombre, trabajando como trabajan para él, ayudando á la obra de la Naturaleza, es lastimoso que haya una afición tan loca á quitarles la existencia, lo cual, además de ser un acto de crueldad, es volver el látigo contra nosotros mismos.

EME.



## LAS BONDADDES DE NINI

XX

Piluca se echó á reír, y en esto vino un criado y dijo:

—A la señorita Nini la llama su mamá.

—La señorita Nini—contesté—dice que no la da la gana ir.

—¡Jesús, nena!—exclamó Piluca.—¡Eso no se dice!

—¿Pues qué se dice cuando una no quiere irse de una casa?

—Vamos, ven—dijo Piluca riendo.—Si quieres que otro día te traiga tu mamá á jugar conmigo, es preciso que hoy no la desobedezcas.

—¡Siempre la misma murga!—respondí.—Bueno, me voy, pero di que me traigan otro día.

Piluca se lo dijo á mi mamá; aseguró que yo había sido muy buena, y que iba á ser muy amiga suya y de su hermano. Yo me quedé con la boca abierta al oír eso. ¡Y por poco nos pegamos su hermanito y yo! ¡Muy amigos! ¡Pues si otro día me llama *Ninchi*, le tiro un mordisco en las narices! Todo esto, aunque lo pensé, no lo dije. Me despedí de todos los que estaban en casa de Piluca; fui muy  *fina*, como dijo mamá, porque cuando me llamaron preciosa, monísima, encantadora... yo decía... gracias... gracias... gracias... gracias... aunque se me pasaron ganas de decir: ¿me quieren ustedes dejar en paz y no fastidiarme tanto?

Cuando salimos mamá y yo, la conté todos los juguetes que tenía Piluca y todos los hijos tan preciosos que había allí.

—¡Ay, mamá! En cuanto lleguemos á casa les contaré á los abuelitos lo que he visto, y que yo quiero volver á ver á Piluca antes de irme al colegio; y les diré que me compren una casa de muñecas como la de ella, y cinco hijos como los de ella, y una familia con criados para la casa, como los de ella, y una colección de cosas tan bonitas como las que tiene ella; y...

—¡Sí!—dijo mamá—y una formalidad, y una aplicación, y una instrucción como las que tiene ella... ¿no es cierto? En fin, no estoy descontenta de ti, pitusa, te has portado bastante bien y no has hecho ninguna atrocidad de mayor cuantía.

Llegamos á casa, y mamá contó á papá todo lo que habíamos hecho, y cuando fueron los abuelos á tomar el café, los cogí yo, me los llevé solitos á un sofá y allí les dije lo de Piluca.

—Pues verás, Nini, como nosotros te compramos todas esas cosas maravillosas—dijo uno.

—¡No has de ser menos tú que Piluca—dijo el otro.

—Pero has de dar palabra de no romper nada, porque ya ves, si Piluca hubiera roto las cosas... ¿no las tendría!

—¡Mira qué listo!—exclamé yo.—Pero yo dicen que soy chiquitita.

—Sí que lo eres, y en vista de ello, mejor es hacer un trato. Vamos á ver qué te parece. Como tú vas á ir interna á un colegio de monjitas, nosotros, cuando vayamos á verte, te diremos lo que te vamos comprando, y cuando tengas vacaciones te damos sorpresas. ¿Quieres?

—¡Bravo! ¡bravo!—dije yo saltando.—¡Y así cuando vuelva al colegio puedo hacer rabiar á las demás niñas!

—¡No es muy santa la intención!—dijo el otro abuelito.

—¡No! eso no es de niñas buenas.

—¡Anda salero! ¡no sé por qué! ¡Ay, y ahora que me acuerdo, tengo que deciros una cosa! ¿Es malo decir mentiras?

—¡Ya lo creo!

—Pues Piluca, esa niña que todos decís que es tan buena, ha dicho una muy gorda.

—¿Cuál?

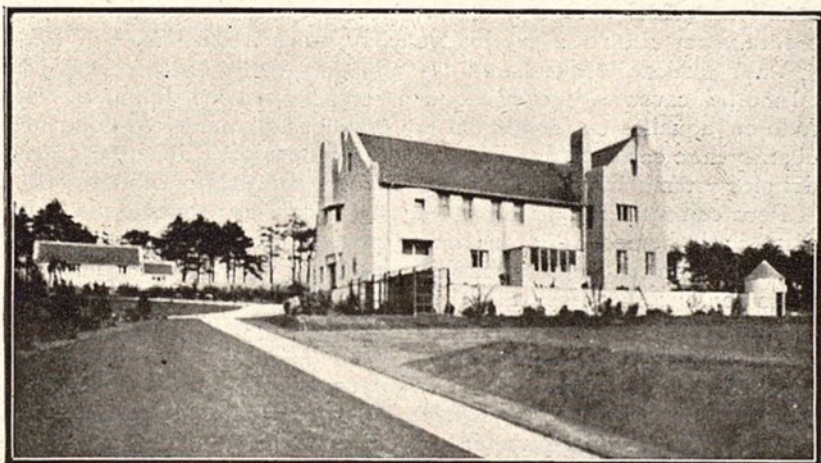
—Ha dicho á mamá que yo me iba á hacer muy amiga de su hermano, y... ¡por poquito le hincho un ojo!

—¿Pues qué te ha hecho?—preguntaron los abuelines riéndose.

—¡Preguntarme si quiero que en vez de Nini me llame *Ninchi!*!

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO





## LA HABITACION

Siendo instintiva la necesidad de encontrar albergue para el descanso, resguardo contra las agresiones y seguro para las subsistencias que, á fuerza de trabajo, lograban los primitivos hombres reunir, en medio de luchas sin cuento y de peligros reales y primitivos, nada tiene de extraño que aguzasen su inteligencia para procurárselo, y para ir mejorándolo poco á poco, dándole condiciones de resistencia y de duración, al mismo tiempo que lo dotaban de comodidades, de día en día más de acuerdo con los adelantos de la civilización y con las necesidades que ésta crea.

La primera habitación que construyeron los hombres fué, sin duda alguna, la choza ó cabaña hecha con ramas, estacas y follaje.

El modelo de choza más primitivo es quizá aquel en que se clavan en el suelo dos troncos derechos, fuertes y resistentes, y se tiende desde el extremo superior del uno al extremo del otro un tronco sólidamente atado. Apoyadas en esta armadura, se van poniendo ramas más delgadas que, por su parte inferior, se clavan también en el suelo, y por la superior se apoyan en el tronco que une á los dos primeros; con juncos se atan los extremos de las ramas y recúbrense con hojas, con follaje y, para que sirva de mayor defensa contra el frío, el viento y la humedad, con tierra bien apelmazada.

También debieron fabricar los hombres sus primeras viviendas encorvando, el uno hacia el otro, los extremos de dos árboles no muy altos ni tampoco muy corpulentos, y una vez bien sujetos con cuerdas hechas con filamentos de plantas, irían apoyando en ellos ramas y estacas para formar una choza.

Otro sistema consistió, seguramente, en buscar una roca alta y cortada á pico, y apoyar contra ella los troncos de árboles previamente cortados, entretejiéndolos con ramas, follaje, hierbas, hojas, etc., para

completar así el abrigo y hacer, por un lado, la pared natural de piedra y por el otro la que los troncos y ramas formaban.

Y, al igual de lo que hacen las alimañas, debieron aprovechar asimismo las cavernas y cuevas que á veces hay en las montañas, sobre todo en aquellas en donde existen grandes aglomeraciones de rocas, obstruyendo sus entradas con troncos y ramas para dificultar el paso del aire y también de los intrusos que pretendieran sorprenderles.

Pero como tales construcciones, sobre todo las primeras, no defendían de la humedad de la tierra, poco á poco fueron buscando la manera de no tener que utilizarla como piso, y tanto con este objeto como con el de aislarse de los bichos que en ella pululan, comenzaron á hacer sus viviendas elevadas sobre el nivel del suelo, para poder descansar sobre piso de tablas.

Como los útiles de que el hombre se valía ibanse perfeccionando más y más, y dado que la práctica demostró que la madera puesta á la intemperie tiene poca duración, y al cabo de cierto tiempo la humedad la estropea en perjuicio de la solidez de lo edificado, hubo que pensar en substituir ese elemento tan importante, ó á lo menos evitar que estuviese en contacto con el agua y con el suelo.

En los sitios montañosos, donde la piedra abunda, el problema estaba resuelto; consistía en buscar pedruscos é irlos poniendo unos sobre otros, calzándolos con cuñas de madera ó con piedras más menudas para que no se vinieran abajo, y formando así verdaderas murallas, de las que aún se conservan ejemplares muy curiosos, compuestos de grandes bloques de piedra que parece imposible que los hombres hayan podido mover y transportar, por lo que se los conoce con el nombre de murallas ciclópeas, es decir, hechas por gigantes.

Pero había lugares en que no hay facilidad de procurarse piedras, por tratarse de terrenos llanos y arenosos en donde no existen montañas, y entonces el hombre tuvo que echar mano de la tierra, la cual, reunida en forma de adobes, sirvió para hacer paredes que, como es natural, carecían de consistencia, puesto que al secarse con el sol y el aire el agua que había trabado la arena, la pared se deshacía poco á poco y concluía por desmoronarse.

A evitarlo acudió la industria humana inventando el endurecer esos adobes por medio del fuego, es decir, cocidéndolos, y una vez ya en posesión del ladrillo, tuvieron los países en que se carecía de piedra un elemento de construcción barato y resistente, con el cual fabricaron edificios tan sólidos como los de piedra.

Y cuando el hombre supo ya utilizar la madera, el ladrillo y las piedras es cuando comenzó á construir verdaderas casas de un piso primero, de dos y más después.

Ya en época reciente, los adelantos de la industria han permitido también el hierro en las edificaciones, con lo cual se ha perfeccionado el arte de construir hasta el punto en que hoy lo está.

JUAN ANTON

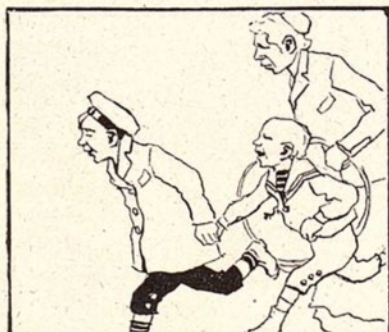
## EL GLOBO



—¿Sabes que van a soltar un globo?  
—¿De los de goma?  
—No... ¡De los grandes!



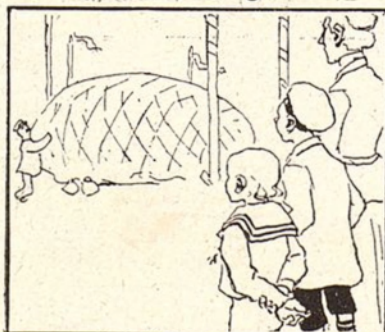
—¡Anda, pues vamos á verlo, que debe ser muy bonito!  
—¡Ya lo creo!



—Pero no corras tanto, que me canso en seguida.  
—Es que si no, no llegamos.



—¿Está ahí detrás? ¡No se le ve!  
—Lo estará preparando... Vamos á entrar... ¡Anda de prisita!



—¿Qué van á hacer con ese edredón?  
—¡Si es el globo que lo están inflando, tonto!



—¡Como se hincha...! ¡Qué grande se pone...! ¡Qué bonito está!  
—¡No te lo decía yo?



— ¡Ya sube...! ¡Ya sube!  
— Y va también una niña.  
— Qué valor!



— ¡Qué alto está ya!  
— Y el señor sigue saludando  
— Pero la niña no se mueve.



— ¡Dios mío...! ¡Se ha caído!  
— ¡Sí, sí! ¡Qué horrible!  
— ¡No se podrá salvar todavía!



— ¡Yo no lo quiero ver!  
— ¡Ni yo tampoco!  
— ¡Se va á hacer una tortilla!



— ¡Corramos á salvarlos!  
— Sí, sí; pero será inútil que corramos, porque ya todo llega tarde.



— Anda... ¡Era una muñeca!  
— Y con un cartel...  
— ¡Vaya un susto que nos ha dado!